

Carta a un estudiante

Estimado amigo:

Ha querido usted que concrete en una carta pública mis puntos de vista sobre los temas estudiantiles que ahora se están debatiendo en todo el país, y debo declararle que no tengo ningún inconveniente en hacerlo, aun cuando para las personas a quienes interese mi modo de pensar a este respecto baste con echar un vistazo a lo que en múltiples ocasiones he escrito, he dicho y repetido hasta la saciedad, así sobre los exámenes de revisión como sobre el año preparatorio. Con frecuencia me acontece ahora que prefiiero hacerme a un lado en los asuntos estudiantiles, por dos razones: la primera, porque es a las nuevas generaciones a quienes toca el curso de rebeldía e inconformidad que yo aprobé en mis tiempos con resultados satisfactorios, según concepto de mis profesores; la segunda, porque de tanto interesarme en materias como las que ahora se discuten, empecé a convertirme en uno de esos caballeros de un solo tema, de una sola cuerda, que tanto fastidian, y con razón, a nuestros semejantes. Por motivos de vanidad, que son tan respetables como cualquiera otros, no deseo que me ocurra lo que a los artistas de teatro, que no saben retirarse a tiempo. De tal suerte que, aunque en el fondo me considero todavía estudiante, he suprimido de mi conducta algunos detalles enteramente juveniles, con el natural recato de una persona discreta.

Pero no crea usted, mi excelente amigo, que ha sido por razones de un otoño de juventud que he censurado la actitud de quienes, con nombre de estudiantes, sin serlo de verdad, asaltaron el ministerio de educación. Si yo hubiera estado como camarada, entre ustedes, habría procedido en igual forma, si no con mayor vehemencia. De mis recuerdos estudiantiles conservo frescas en la memoria muchas anécdotas de las llamadas de locura, de audacia, de desacato a venerables maes-

tres: pero en todas ellas hay siempre un revoloteo de buen humor, de gracia, que las llena de espiritual contenido, y las aleja de ese rencor sórdido y turbio en que se mueven las gentes vulgares. Para mí, en el asalto al ministerio, en las cosas que se hicieron en ese asalto, como ya lo he dicho desde estas mismas columnas, no hubo nada estudiantil, y creo que tampoco lo hubo para ustedes. No he hablado con un solo bachiller o universitario que no reprove ese acto, y que no declare que con él se echó una sombra sobre el movimiento en que se hallan interesados los estudiantes.

Pero bien: nada de extraño tendría que vaya cumpliéndose en mí la ley fatal que va haciendo poner en contradicción a las generaciones que declinan, con las que apenas surgen. Yo no me esforzaría en evitarlo, si para evitarlo tuviera que buscar una postura difícil y acudir a actitudes postizas. Cada cual debe ser sincero y leal con sus años, y expresar honestamente, valerosamente, su pensamiento, así pueda con ello colocarse en abierta pugna con toda una generación. Constantemente, desde mi cátedra de sociología, advierto a los estudiantes que en el análisis de los fenómenos históricos yo puedo estar haciendo interpretaciones arbitrarias, y los pongo en guardia para que opongan a mis puntos de vista los suyos, es decir: los que deben corresponder a una generación nueva, que ha de tener una sensibilidad diferente y que tal vez enfocará la historia desde el ángulo propio de su tiempo.

Yo no sé con precisión cuál sea el pensamiento actual de los estudiantes sobre bachillerato y universidad, aunque me parece que, no obstante, las diferencias de criterio que deberían surgir por las circunstancias que he anotado, hay cierta similitud entre lo que ellos piden ahora, y lo que yo he sostenido, y sostengo en estas materias. Fuí coautor de la ley que suprimió el examen de revisión, y des-

venturado autor de un proyecto sobre autonomía universitaria que no alcanzó las glorias de los terceros debates. Creo que hoy se pide la supresión del examen que contribuyó a decapitar en la ley, y se desea algo más de autonomía para la universidad.

El caso de la revisión es para mí muy claro. La revisión puede hacerse por fuera, o por dentro. Hecha por fuera, consiste en que el gobierno se coloca a la salida de los colegios para decirles, muy gentilmente, a los bachilleres, después de seis años de estudio y de trabajo: "Mis queridos amigos, lo que ustedes han estudiado no les sirve para nada: tengo la pena de anunciarles que han perdido su dinero, su tiempo y sus esperanzas". Hecha por dentro, la revisión consiste en que el gobierno inspecciona los colegios y no les permite actuar sino hasta el punto exacto en que alcanzan a suministrar conocimientos suficientes al estudiante. Esta última revisión es la única que, en mi sentir, es racional. Y así lo declaramos el doctor Tomás Cadavid Restrepo y yo cuando propusimos la ley contra la revisión.

Hoy le preguntan a un bachiller, por ejemplo, qué hizo Wilson después de la guerra europea, o qué relación tiene su nombre con la Sociedad de las Naciones, y el bachiller puede quedarse viendo estrellas. Por culpa, claro está, de su ignorancia. Ignorancia que puede provenir, por ejemplo, de que en el colegio en donde se le graduó de bachiller la historia universal termine con la muerte de Napoleón en Santa Elena. Hay quinientos diez colegios de bachillerato en el país. Pero, ¿hay quinientos diez profesores de inglés, quinientos diez laboratorios de química, quinientos diez maestros en ciencias naturales? Seguramente no. El nivel de los conocimientos que exhiben los bachilleres en la universidad parece indicarlo.

En estas condiciones lo que se necesita es volver por el bachillerato. Por un bachillerato que ha venido decayendo cada año más desde el día en que se implantaron los exámenes de revisión y que ya cuando se establecieron era deplorable. Un examen de revisión, como cualquier examen, puede pasarse con éxito lo mismo una persona que sepa que una que no sepa. O mejor dicho: en los exámenes triunfan los que saben presentar examen: no los que saben. Giner de los Ríos dijo en frase célebre: O educación o exámenes.

Yo diría, sin aspirar a celebridad alguna: O bachillerato, o revisión.

Porque lo que se necesita es bachillerato. Suelen decirse ahora que la cultura general la da el año preparatorio. No lo creo. Ese año es un alcance a la cultura que trata de salvar las apariencias, en última instancia, donde el bachillerato no sirve para nada. La cultura general la da el bachillerato. Es el bachillerato el que permite que un odontólogo o un ingeniero sepan algo más que sacar muelas o calcular una viga de cemento: ellos, con el bachillerato, podrían muy bien ubicar a Milton dentro de la historia literaria, o saber quién dio la batalla de Lepanto, o conversar, sencillamente, en un salón, sobre ciertas cosas que constituyen la base de una persona medianamente instruida. El bachiller de hoy puede no saber esto, y aún puede no ser capaz de leer en un periódico francés, y pasar, sin embargo, airosamente, por encima de los exámenes de revisión, como ha ocurrido.

Por lo demás, creer que en un año de preparatorio se salvan las deficiencias de seis años de viajes a través del limbo, es una candidez. Yo creo que el problema es elemental y simplísimo. Es un problema de bachillerato, y nada más. Es un problema de no engañar y defraudar a la juventud en la escuela secundaria. Pero, claro está, problema gigantesco de otro lado, porque hay que sacar muchos colegios de la nada, porque la inspección impone graves trastornos, porque se lucha contra una tradición tan corrompida que incluye hasta la venta de certificados de estudios, porque hay que darle facilidades al estudiante de provincias, etc. Eso sí, si el Estado no logra hacer bachillerato, el nivel medio de nuestra cultura ha de ser muy inferior a lo que cada colombiano desea de este país.

A mí me parece que ya el gobierno se ha impuesto la tarea gigantesca de hacer bachillerato. El doctor Castro Martínez ha reconocido que la fórmula sensata consiste en inspeccionar los colegios, y no en castigar en los alumnos culpas que son de los maestros, del sistema, de la tradición. De elemental justicia es reconocer que ahora, al cabo sí de quince años, viene a reaccionarse contra un bachillerato deplorable, y que se sabía que era deplorable desde el primer año en que el examen fue implantado. Pero me

he extendido demasiado en una carta que abarca un plan ambicioso, y en donde pensé referirme a la cuestión universitaria para renovar mi fe en la tesis de la autonomía, que sostuve y he sostenido más o menos un millar de veces en mi vida. Pero como el jesuita Gracián dijo: "Lo bueno, si corto, dos veces bueno", será mejor dejar el resto para otro cualquier día.

Desde luego, quiero declarar que miro con toda neutralidad estas cuestiones, porque estoy muy lejos de pretender intervenir nunca, de nuevo, en materia de educación. Para tener algún contacto con las nuevas generaciones me sobra y me basta el ejercicio de la cátedra, mientras pueda en ella mantener viva alguna corriente de simpatía que me haga

sentir como dentro de un diálogo cordial, así difieran mis ideas de las de mis alumnos. Después de todo, quien algún afecto ha tenido a las aulas, desea siempre que el cultivo de la inteligencia que en ellas se practica ocupe en su vida cotidiana algunas horas. Porque ese cultivo no decaiga, por que quienes a él se dediquen lo hagan en las condiciones más ventajosas, yo proclamo la urgencia de tener una escuela de bachillerato buena en Colombia.

Ruego a usted excusar la desusada longitud con que me he producido, y créame su servidor y amigo,

Germán Arciniegas

Año preparatorio

Muy de veras celebro que se agite en la prensa lo relativo al año preparatorio o primer año universitario. No hace veinte días había invitado a profesores y estudiantes a un debate tendiente a ilustrar la opinión pública sobre ese asunto. Nadie atendió esa insinuación que de cumplirse habría contribuido a evitar que a estas horas anduvíramos tan confusos en el particular muchos que tenemos obligación de hallarnos mejor enterados. Encantado, pues, con la docta exposición del profeta Restrepo Millán, y muy agradecido por sus benévolos conceptos para este su desorientado amigo y sincero admirador.

Consiste mi desacuerdo con el doctor Restrepo Millán, más que en la esencia de la cosa, en la manera como se creó y se la ha estado llevando a cabo. No es fácil para mí, maestro ocasional e improvisado, competir con gentes educadas para el oficio con una sólida base de humanidades. Mi objeción principal es más de carácter educativo que de orden instructivo, y la explico así: en el estado actual del preparatorio, llámesele como se le llamare, ni los estudiantes se sienten universitarios, ni los decanos y profesores de la

universidad los consideran como tales. Y aquí topamos con un factor psicológico cuya importancia no deben desconocer los pedagogos. La naturaleza del estudiante es muy sensible a los pasos de un grado a otro; en los institutos donde hay primera y segunda enseñanza es notorio el interés del niño por conquistar la entrada a la segunda, y poderoso el estímulo que esto implica para el maestro como palanca. En la transición del bachillerato a la universidad, hay algo más: lo que va de los "tiros" cortos a los largos. Piense usted, mi amigo, lo que significaba para las mujeres de nuestro tiempo (del mío quiero decir), en un momento dado, el derecho a cambiar de peinado. Cosas pequeñas son estas, pero ellos constituyen la mitad de la vida. Pequeñas grandes cosas que no se encuentran en los libros, pero que nos atropellan diariamente en la realidad; pequeñas grandes cosas que ignoran los pedagogos y conocemos los hombres.

Colocados como están los bachilleratos en un estado intermedio, carecen del contacto e influencia de los decanos y profesores de la universidad que no tienen mando sobre ellos,